

FE Y PROYECTOS SOCIALISTAS LATINOAMERICANOS

Grupo de cristianos



Con motivo de la reunión de Puebla, un grupo de cristianos latinoamericanos se reunieron en Caracas en 1978. He aquí parte de sus conclusiones, recogidas en el trabajo "Reflexiones y Problemas de la Iglesia que nace del Pueblo".

De rechazar la encarnación de la fe en el compromiso concreto con proyectos históricos determinados, y de afirmar fácilmente que la Iglesia es superior a todas las ideologías, nace —según creemos— una de las raíces más potentes, para asegurar que la fe cristiana y los proyectos socialistas son incompatibles.

1. ¿Implican los proyectos socialistas latinoamericanos una opción por el marxismo filosófico?

Detrás de cada proyecto socialista, casi siempre se atisba al marxismo. Y se pretende comprender el marxismo como ideología, en el sentido de una filosofía global que pretende explicar el mundo excluyendo la fe en Dios. Además, se observa en el marxismo su carácter de proyecto histórico encaminado no sólo a explicar sino a transformar el mundo por medio de la lucha de clases. Y en esta lucha se descubre odio. En virtud de esta doble caracterización principal, ateísmo y odio entre las clases sociales, se declara al marxismo incompatible con la fe y la praxis cristianas, y en esta declaración se suele abarcar la mayoría de los proyectos socialistas.

De una manera inflexible, se rechaza así la posibilidad de entender y —por consiguiente— de utilizar al marxismo como método científico para el análisis de la reali-

dad y como programa económico, social y político; es decir, como proyecto de sociedad. Si así se lo entendiera, en cambio, como creemos nosotros que puede considerárselo (prescindiendo de sus últimas justificaciones filosóficas), no habría en realidad de parte de la fe cristiana una previa incompatibilidad con él. Lo que sí habría es una obligación de discernir si ese método proporciona un acercamiento científico a nuestra realidad, más adecuado del que otros métodos científicos proporcionan. Habría también un deber de discernir si ese enfoque científico social nos entrega un instrumento adecuado para analizar la cultura y desenmascarar los intereses económicos y políticos que los poderosos han infiltrado en ella como valores y normas, supuestamente patrimonio de todos. Además, sería obligatorio discernir si su proyecto de sociedad y su programa político se muestran como más capaces de orientar la lucha de nuestros pueblos hacia su liberación; por tratarse de un proyecto histórico que ha pretendido hacerse realidad en las luchas liberadoras de otros pueblos y que se proclama como sistema social más justo que el capitalista en los países en donde ha triunfado, deberíamos también discernir la calidad y la deficiencia de sus realizaciones concretas. Finalmente, tendríamos que estudiar los procesos históricos concretos a través de los cuales se ha intentado realizar el socialismo en países determinados y los procesos históricos a través de los cuales es previsible, hasta cierto punto, que se intentaría realizar en América Latina. Este último paso sería previo para discernir si aquí, en nuestra historia concreta, se tienen que copiar con fatal determinismo los procesos socialistas ya en vías de realización (incluido el Cubano), o si cabe tal vez alguna creatividad original. Todo ello nos ayudaría a discernir globalmente si la fe cristiana se puede encarnar en América Latina en un proyecto histórico socialista, cuya mayor o menor inspiración en el marxismo como filosofía sería inútil y frívolo pretender esconder.

Es este tipo de discernimiento el que muchas comunidades cristianas de la base popular de la Iglesia y nosotros mismos hemos procurado mantener exigente y vivo, a la vez que vigilante y esperanzado. Hemos sentido ánimo y libertad cristiana creativa, cuando hemos visto que también alguna que otra Conferencia Episcopal ha emprendido este proceso de discernimiento y nos ha entregado sus resultados. Naturalmente que muchos de los pasos, arriba enunciados como previos (en un discernimiento) a una opción por un proyecto socialista y por las fuerzas capaces de promoverlo históricamente, no se dan siempre de manera secuencial y absolutamente lógica. Es evidente que son más bien problemas discutidos con viveza y repetición, en la sencilla y larga reflexión, muchas veces aparentemente circular, de innumerables grupos de base. No es menos evidente que muchas veces hay una inclinación previa en estos grupos y en nosotros a esperar más de estos proyectos de futuro que de las reformas supuestamente posibles de un sistema capitalista, cuyos frutos de muerte diaria, cuya insensibilidad de fondo a las necesidades vitales de las masas, cuyos repetidos engaños, y cuya defensa encarnizada (por medio de dictadura, delación, prisión, tortura y muerte), son la vivencia continua de nosotros mismos y de los grupos eclesiales de base. Todo ello es también parte de este, a la vez sencillo y complejo, proceso de discernimiento espiritual, a través del cual buscamos los cauces que menos improbablemente nos conduzcan a una sociedad más justa y fraternal.

2. Rectificación de un planteamiento ambiguo de Medellín.

No creemos que Medellín planteó bien este problema. Lo decimos con toda sinceridad. Pensamos que no se trata de que América Latina se vea "encerrada entre estas dos opciones (la liberal capitalista y la marxista)". Tal planteamiento nos parece fruto de una manera ideológico-filosófica de entender el capitalismo y el marxismo. La historia nos ha demostrado que en el mundo capitalista y en el mundo socialista se dan muchos capitalismo y muy variados socialismo. La historia nos ha demostrado, sin embargo, que el sistema capitalista, en su traducción dependiente en América Latina, en su etapa actual transnacional (intento evolutivo de su capacidad de adaptación e innovación para tratar de vencer una de sus más graves crisis), ha sido y es incapaz de dar origen a las múltiples formas de neocapitalismo que, a través de injertos socializantes, han logrado, en países centrales de la esfera de influencia occidental mayor satisfacción de las necesidades fundamentales de muchos de sus ciudadanos.

Por el contrario, esa misma historia nos ha demostrado que han sido posibles, en países distintos de Rusia, realizaciones socialistas que, no sólo han satisfecho más justamente las necesidades básicas de las mayorías, sino que incluso han logrado una independencia nacional, económica y política, y unas formas de vida y de participación cívica más solidarias y más libres. Sabemos bien que es difícil que todos coincidan en estas apreciaciones históricas. Comprendemos que es más difícil aún arrancar de la miseria y de la explotación a millones de seres humanos sin una cuota notable de disciplina, austeridad, nivelación del consumo y dureza en el ejercicio de la autoridad. Tenemos en cuenta, con todo, que ciertas formas de libertad, elevadas a bienes sagrados e irrenunciables en nuestros países, son en verdad una farsa para las mayorías y encubren, a través de regímenes de Seguridad Nacional o cada vez más cercanos a éstos, el privilegio de la libertad desenfrenada de unos pocos, la libertad para seguir manteniendo su riqueza acumulada y explotadora. El inmenso fracaso del llamado "milagro brasileño" en lo que se refiere a bienestar del pueblo y a redistribución de la riqueza, el deterioro de los ingresos de los trabajadores sin tierra, que forman el grueso de la población rural en El Salvador, durante el quinquenio 1969-74, a pesar de la tendencia gubernamental a subir salarios mínimos para la cosecha de agroexportación, no constituyen más que dos ejemplos, en un enorme país y en un país insignificante de América Latina, de lo que aquí afirmamos. La vigencia del Acta Constitucional Número 5 desde 1968 en el Brasil y la recientemente promulgada Ley de Defensa y Garantía del Orden Público en El Salvador, selectivamente aplicadas por las policías de seguridad en ambos países, añaden a la explotación progresiva la creciente falta de libertad para el pueblo.

Finalmente, tenemos confianza en la posibilidad de que los procesos que podrían encaminar hacia proyectos socialistas latinoamericanos, capaces por tanto de novedad, tienen a su favor una coyuntura eclesial, un tiempo de gracia, en los que esta Iglesia nuestra ha ido siendo redescubierta, por quienes tienen pasión por la justicia y sobre todo por los pobres de América Latina, como una Iglesia en camino hacia una mayor fidelidad al Dios de los oprimidos y al Señor que dijo "no pueden servir a Dios y al dinero". Estos proyectos tienen a su favor la situación de una Iglesia que, a pesar de ser acusada de utopía, quiere, con firmeza antes apenas esbozada, acoger y recrear (con

ayuda de la racionalidad científica indispensable en nuestra época) el impulso carismático de las primeras comunidades cristianas a poseer todo en común, y está más dispuesta a no defender como sagrada la propiedad privada de los grandes medios de producción. Tienen a su favor la situación de una Iglesia que reconoce cada vez más desde Medellín que nuestras Patrias están desgarradas por un conflicto entre clases sociales, no inventado (ni mucho menos producido) por los pobres. Esta es la situación de una Iglesia que acepta el condicionamiento de la masa. Es la situación de una Iglesia que reconoce, en consecuencia, que la justicia y la paz hay que conquistarlas por una acción dinámica de concientización y organización de los sectores populares y por una solidaridad con las luchas de los pobres para enfrentar sus problemas. Esta conciencia de la Iglesia, que se renueva desde su mayor encarnación en el pueblo latinoamericano oprimido y desde una progresiva identificación con sus intereses mayoritarios, no fue elemento integrante de los procesos históricos hacia el socialismo ni en Europa, ni en Asia, ni tampoco en Cuba.

3. Raíces de aquel planteamiento ambiguo: Concepción filosófica del marxismo y nueva cristiandad.;

Así pues, plantear el problema de la opción por un sistema de convivencia social (relativamente nuevo en América Latina) como un problema de encerrona entre dos alternativas interpretadas sin atención a la historia, y como sistemas globales ideológico-filosóficos, nos parece ser una reminiscencia, una reliquia de dos tendencias poderosas en la Iglesia: **La primera**, aquella que proyecta hacia los sistemas económico-sociales y políticos una concepción de la fe cristiana como una ortodoxia fija e inmutable. Esta primera tendencia, así como no le reconoce fácilmente a la fe la posibilidad de penetrar el misterio de Dios, de Jesucristo y de la historia con formas siempre nuevas, ni la posibilidad de descubrir en estas nuevas formas exigencias éticas, así también identifica al socialismo con el marxismo filosófico-político, con la ortodoxia inflexible e incapaz de creatividad histórica. A veces, hasta se apoya en los mismos marxistas ortodoxos e intransigentes para negar a otros marxistas el derecho a recrear desde su praxis el movimiento hacia el socialismo. **La segunda** tendencia exige que de la fe cristiana, a través de la doctrina, brote una cosmovisión, una concepción global no sólo de lo humano sino de todas sus formas de despliegue en la economía, en la organización social, en la política y en la cultura; es decir, una nueva "civilización cristiana". Esta fe, no concebida como inspiración y crítica de proyectos humanos autónomos, ni como impulso a opciones humanas arriesgadas, contingentes y reformables, sino como sustrato y base cultural de una civilización (inostalgia de tiempos irreversiblemente pasados!), enfrenta al socialismo como indisolublemente unido a un marxismo también concebido como pseudo fe religiosa, como cosmovisión global, exigente de su propia "civilización marxista" y, por ello, competidor incompatible con la misma fe cristiana.

Pocos niegan que en sus raíces y orígenes históricos el marxismo, inspirador de variados proyectos socialistas, quiso ser netamente científico y a la vez filosóficamente humanista, con un humanismo sin apertura a Dios. Pocos son tan ciegos como para

no ver que "el ateísmo, el burocratismo y el totalitarismo" militantes (Obispos del Perú, **La Justicia en el Mundo**, 1971), han sido y son rasgos históricos de bastantes realizaciones socialistas concretas, reinventoras por tanto de nuevas opresiones del hombre. Aunque (siguiendo al Concilio Vaticano II), nunca nos sobrará humildad para confesar nuestra "parte no pequeña...en la génesis de este ateísmo"(GS 19), que ha privado a muchos proyectos socialistas del potencial de crítica encerrado en la pregunta permanente de Dios por la suerte de los hombres ('Qué has hecho de tu hermano?'). Tampoco nos faltará valor para denunciar estas perversiones de bastantes socialismos históricos.

4 ¿Es posible una opción de cristianos por proyectos socialistas latinoamericanos?

Si la posibilidad de proyectos socialistas humanos (la creemos abierta en América Latina, aunque tremendamente difícil por el poder inmenso del imperialismo transnacional económico y político que a ella se opone) es viable, y si la hipótesis de la utilización del método marxista de análisis de la realidad con prescindencia de sus últimas justificaciones filosóficas, es realizable, dependerá en grado importante de aquellos partidos y organizaciones que son entre nosotros portadores históricos de estos proyectos; dependerá de su flexibilidad para desprenderse de ortodoxias fijas y repetitivas, de mesianismos irracionales, de pactos politiqueros, de esquemas burocráticos que los alejan del pueblo, de aventurerismos intransigentes y faltos de paciencia, y de divisionismos programáticos e ideológicos hasta el infinito.

Tal posibilidad, y tal hipótesis, sin embargo, dependerán también de otros grupos (entre ellos, algunos con identidad cristiana expresa), que las están asumiendo como instrumento de análisis científico y de estrategia política, sin haberse antes inscrito en la tradición socialista. Porque éste nos parece ser uno de los hechos nuevos de América Latina: hombres y mujeres no identificados necesariamente con la fe cristiana ni tampoco con los partidos marxistas tradicionales, cooperan con hombres y mujeres identificados con la fe cristiana y capaces de poner la justicia y el derecho de los pobres por encima del predominio cultural de una Iglesia, concebida más, como institución que se casa con el Estado, que como una serie de comunidades, fermento de masas. Su cooperación nace de una percepción de que lo urgente hoy en América Latina no es el refinamiento de la libertad de unos pocos, sino la satisfacción de las necesidades vitales de la mayoría de los seres humanos que se mueren de hambre. Su cooperación consiste en la búsqueda o en el discernimiento de proyectos socialistas con esperanza política de mayor justicia, de participación popular más consciente, de convivencia más humana y de libertad más verdadera para los pueblos de América Latina. Esta esperanza política está parcial y significativamente conectada para los cristianos con la "esperanza" del Reino.

Es éste un hecho nuevo, repetimos. No lleva en sí mismo ni desprecio por la lucha de décadas (heroica y martirial, muchas veces) de los viejos militantes marxistas-

tas, ni tampoco hostilidad por miembros de la Iglesia (jerarcas o no), que han dado de sí para América Latina, en bastantes casos, lo mejor que sabían y tenían. En lugar de sucumbir al impulso fácil del ataque o del anatema, creemos que es crucial saber abordar con frescura y generosidad, con lucidez y reponsabilidad, con libertad y pasión por la justicia, este hecho nuevo.

5. Coincidencias de cristianos y marxistas en la promoción de proyectos socialistas para América Latina.

Dentro de esta cooperación en búsqueda y en discernimiento, existen aspectos centrales para una ortodoxia marxista repetitiva y agotada, pero también para marxistas serios justificados por su humanismo absoluto, que, sin embargo, tal vez no sean centrales para los proyectos socialistas que se quieren impulsar. Así, por ejemplo, nos encontramos con la convicción, elevada a fe, de que los conflictos humanos se superarán en una historia cuyo único futuro es el hombre. Es decir, una historia cerrada a cualquier don de Dios. Asimismo, se enuncia como central el hecho de que toda la evolución histórica de la humanidad quede explicada filosóficamente por la lucha de clases. Asimismo se ve como central también una elevación del proletariado a la categoría, casi religiosa, de clase definitivamente redentora de los pueblos. Estas cuestiones, sin embargo, pueden ser puestas entre paréntesis, como pertenecientes al nivel de las últimas explicaciones de la historia y de las justificaciones últimas del sentido de la vida. Se puede coincidir y se coincide, desde dentro de la lucha por el pobre en América Latina, en que ni la fe cristiana ni el humanismo marxista deben ceder a la tentación de querer imponerse como místicas oficiales de un país.

En el sentido de que la vida material del hombre, en cambio, la satisfacción de sus necesidades vitales, son la condición necesaria para que todos los hombres (estadísticamente hablando, y descartando, por ello, heroicas excepciones) caminen hacia el desenvolvimiento pleno de sus personalidades, se puede aceptar que es central a un proyecto socialista la afirmación marxista de que la fundamental de las alienaciones humanas es la explotación económica, la expropiación del trabajo, el despojo de los bienes básicos de este mundo, y su acumulación como propiedad privilegiada de unos pocos, defendida en América Latina por un derecho casi absoluto. Es demasiado hipócrita reclamar espiritualidad y apertura al Absoluto desde la situación de hambre masiva que mata millares de niños y engendra miles de tarados. Pero también se puede coincidir (y se coincide de hecho, desde la inmersión en la lucha con los pobres de América Latina), que no es central a un proyecto socialista el postulado de que, una vez superada esta explotación básica, necesariamente se tenga que superar la fe en Dios, y mucho menos que, para coincidir con una supuesta ley histórica, se tenga que coincidir en que es necesario desenmascarar aquellas formas de religión que sirven a los intereses explotadores y dominantes y los encubren, proporcionándoles tantas veces su legitimación y contribuyendo al adormecimiento y sumisión del pueblo. Estos intereses de explotación son ciertamente indignos de hombres y también de hijos de Dios. Se puede coincidir (y se coincide además), en la exigencia de destruir la idoliza-

ción encubridora (Marx la llamó fetichismo), que sacraliza la mercancía en el sistema capitalista y enmascara, a través de su precio en dinero, su función de explotación del trabajo humano.

Por un sencillo conocimiento de la condición humana, además de por una cruel experiencia histórica, se puede coincidir y se coincide en que es central, a un proyecto socialista en proceso de avance, que la superación del sistema capitalista opresor sólo será posible desde la lucha de los oprimidos y de quienes se quieran hacer solidarios con ellos en favor de los intereses de todos y en contra de los intereses de unos pocos, decididos además a defenderlos incluso con violencia o dictadura, desnudas o encubiertas. Es central a un proyecto socialista, pero central también en la fe cristiana, que, en la superación progresiva de esta explotación y dominación del hombre, se pueden dar momentos y realizaciones históricas parciales del proceso de liberación de la humanidad. Para un marxista ateo, serán pasos dados hacia la "sociedad comunista" sin violencia, sin clases, con libertad y despliegue de todas las posibilidades personales. Para un cristiano revolucionario, no cabe duda de que en esos momentos se siembran, si bien precariamente, semillas de resurrección, de tierra nueva y cielos nuevos. Y se significa el acercamiento de Reino de Dios. No creemos que es central, sin embargo, a un proyecto socialista que en esos momentos privilegiados se dé definitivamente la redención de la humanidad.

No parece central, por consiguiente, a un proyecto socialista, concebir la sociedad justa, fraterna, personalizante y libre del futuro como meta programable y alcanzable en un plazo determinado de una vez para siempre; y sí, en cambio, parece central vivenciarla como utopía y concepto límite, capaz de despertar las mejores energías del hombre y de la colectividad hacia la consecución de aproximaciones continuas a esa utopía, frágiles y siempre amenazadas de corrupción y regresión. En realidad, tanto la pasión de un humanismo absoluto que se trasciende en el futuro utópico de los hombres mientras lucha y trabaja responsablemente por realizaciones relativamente mejores, como la inquietud del corazón cristiano hasta descansar en el Dios, siempre mayor que nuestros proyectos y realizaciones, y —por ello— siempre exigente de mayor bondad para su pueblo, son ambas fuentes de inspiración y de crítica para esta búsqueda conflictiva en la experiencia común de los que luchan por estos proyectos hoy en América Latina.

Finalmente (porque se pretende esbozar un método para aclarar el camino hacia la posibilidad o imposibilidad de una opción), mientras creemos que sí es central a un proyecto socialista un Estado fuerte, capaz de disciplinar en favor del derecho de las mayorías la resistencia interesada de minorías que ven desvanecerse su poder opresor, creemos que se puede coincidir y se coincide en que la dictadura de un Estado burocrático, promotor y servidor de una nueva clase dominante, es una corrupción de muchos proyectos socialistas triunfantes, frente a la cual, nunca será demasiada la vigilancia de un pueblo consciente. Tanto el postulado marxista del progresivo desvanecimiento del Estado en el proceso hacia el socialismo, como la tradicional desconfianza profética de los cristianos ante el Estado, apuntan en la misma dirección de libertad humana y de anhelo de participación política del pueblo.

6. Dificultades del proceso de cooperación

No está exenta de dificultades esta misma búsqueda. Algunas de las que destacan en la experiencia práctica de los movimientos populares latinoamericanos pueden enunciarse aquí brevemente, como a continuación lo hacemos.

Desde el punto de vista cristiano, se corre peligro de no dar importancia suficiente a las fuerzas de revancha y de odio que un proceso de lucha, tensa, dura y enfrentada a defensores sin escrúpulos del orden establecido, suele engendrar. Se corre el peligro de enfrentarse con esto como con algo inevitable, que será corregido en etapas posteriores del proceso o ya desde su primer triunfo; se cae entonces en el círculo fatal de querer ir construyendo la nueva sociedad con los peores instrumentos del viejo orden. Se teme que no se coseche entonces más de lo que se ha sembrado.

La indispensable disciplina de partidos, grupos, frentes, bloques, sindicatos, ligas u organizaciones revolucionarias cualesquiera, siempre está tentada de reconocer a sus dirigencias una visión y un juicio permanentemente atinados sobre la realidad. Tal tentación, no combatida, puede hacer relegar el objetivo de que las masas protagonicen el proceso verdaderamente y en formas políticamente posibles; puede impedir que las masas aporten, de modo ordenado (por canales no contruídos para encauzar únicamente lo que los líderes desearían oír), sus necesidades auténticas y su visión de la realidad, a la vez que reciben la contribución, generalmente de horizontes más amplios, de la dirigencias. Cuando se sucumbe a esta tentación, inscrita en toda organización se acaba haciendo de estas dirigencias colectivas los intérpretes incuestionables de un pueblo de nuevo enmudecido y sometido.

La sacralización del papel del proletariado obrero industrial como fuerza dirigente de los procesos de cambio revolucionario hacia el socialismo, puede llevar a ignorar irresponsablemente que la historia sólo la pueden conducir hacia su transformación fuerzas reales y no imaginarias o insignificantes o faltas de conciencia. Se minimiza entonces la atención a las necesidades y al potencial revolucionario de trabajadores agrícolas, campesinos pobres, pobladores de barrios marginados, etc. que en muchas partes de América Latina constituyen la enorme mayoría, a veces la más consciente, de las clases populares.

La obediencia absoluta a grupos o naciones socialistas, cuyo ideal de solidaridad con los oprimidos tal vez ya no rebasa los alcances de un slogan, puede también conducir, de igual manera que la falta de originalidad para evitar imitaciones serviles de otros procesos de cambio, a posiciones estériles y a la parálisis de una acción verdaderamente liberadora; también así se llega al alejamiento del pueblo y a la especulación con sus esperanzas.

Si no se acepta, además, luchar un proceso liberador austero, independiente de importantes fondos económicos, que tienden a convertirse en alimento de vidas desclasadas y en promoción de funciones burocráticas, se tendrá un signo de que no se cree realmente en la austeridad durísima que todo proceso revolucionario implica, sobre todo para pueblos que se verán, en su lucha y en su triunfo muchas veces tan frágil, bloqueados económicamente por el sistema global al que su liberación amenaza.

Finalmente, si no se atiende, en el curso del proceso, a la educación de un hom-

bre y un pueblo nuevos, con la misma prioridad con la que se busca el poder y el bienestar futuros para ese hombre y ese pueblo, no se conseguirá enfrentar y derrotar al enemigo principal: al opresor aculturado por siglos dentro de nuestros pueblos y hasta en su más profunda intimidad personal.

Todos estos son riesgos y dificultades importantes en un camino de cooperación entre cristianos y marxistas en América Latina, en cuanto que tal vez constituyen énfasis insistentes de hombres y grupos cristianos, no tan relevantes a veces para otros grupos y otros hombres identificados con la tradición marxista, de cuya rutinización no siempre se encuentran libres.

Desde el punto de vista marxista, también se experimentan dificultades para la cooperación. Se mira como un peligro nada irreal, por ejemplo, el hecho de que todos los riesgos y dificultades antes enunciados, no se quieran correr ni enfrentar con el coraje suficiente en la lucha solidaria, y sean demasiadas veces convertidos en escrúpulos moralizantes, paralizadores del empuje revolucionario.

La reminiscencia, que en la insistencia en estos riesgos suele haber, de una concepción del proyecto socialista como casi inevitablemente conectado a modelos históricos ya realizados, se experimentará como peligro de inhibición a la hora de inventar juntos los nuevos modelos y de recorrer los caminos insospechados e imprevisibles, precisamente por ser históricos.

El miedo (existente en muchos jerarcas y en bastantes líderes intermedios cristianos y por ellos transmitido a grupos cristianos de base), de que un rechazo claramente definido del capitalismo arrebatase a la institución su respetabilidad y su poder de negociación, respecto de los actuales poderes y la reduzca a situaciones de cautiverio, a las que no está acostumbrada, será visto como otro peligro para la acción consecuente de los cristianos.

No ya el miedo, sino el terror a ser manipulados, a que la fe sea utilizada por hombres y grupos, con los cuales la solidaridad es muy reciente, actúa también como fuente de frenos y vacilaciones en el compromiso común con el pueblo, que debe ser el compromiso prioritario.

La tendencia a pedir garantías absolutas de realizaciones humanas a un proyecto socialista en proceso, previamente a embarcarse en su promoción, o al menos la inclinación a plantear una y otra vez esta cuestión de confianza, es demasiado frecuente como para no crear serias dificultades en el camino de la cooperación.

Las reminiscencias, siempre presentes en grupos cristianos, de un ambiguo ideal de unidad eclesial, que impiden ver a la misma Iglesia dividida también por las diversas opciones de sus miembros, desgarrada por la presencia en ella de opresores y oprimidos, oscilante a veces en su compromiso como Iglesia de los pobres, se traducen a menudo en intentos de encubrir este conflicto y de minimizarlo. No sólo se exige que se celebre la unidad como esperanza y como fuerza hacia el futuro, sino que se la presenta y se la celebra como ya presente y no cuestionable. Será ésta otra de las dificultades que, quienes se adhieren a un proyecto socialista desde una identidad no cristiana, percibirán como amenaza continua a la coherencia del compromiso de los cristianos con los pobres.

Finalmente, la misma falta de confianza en la fuerza de estos pobres, en su paciencia en el fondo indomable, en su creatividad dormida, en su humanidad reprimida, conducirá también a liderazgos (esta vez probablemente de cristianos no nacidos en el seno de las masas) manipuladores, paternalistas y ansiosos de sustituir el papel de las mismas masas en el proceso liberador; o tal vez llevará (por un sencillo mecanismo de idealización romántica, que del origen de clase deriva complejos y autodesconfianza) a una idolatría de las masas, a un olvido de su necesidad de concientización y a una inhibición de las propias responsabilidades de servicio.

Todas éstas, probablemente muchas más, son dificultades, si no reales para todos los grupos que se aventuran en esta difícil y nueva cooperación, sí para muchos de ellos que reconocerán su experiencia en unas o en otras. En todas se encierran riesgos no desdeñables irresponsablemente. A ellos se añade, para grupos de uno u otro origen e identidad, la tentación de adherirse a una única fuente de racionalidad científica (el marxismo vivo) y de desatender los aportes que a todo marco teórico de acceso a la realidad pueden contribuir elementos descuidados en él y cultivados por otras tradiciones científicas. Pero, en definitiva, sólo enfrentando estas dificultades y estos riesgos, en el contexto de la purificación continua de un sincero compromiso de solidaridad con los problemas y las luchas de los pobres, se podrán ir descubriendo soluciones.

7. Lo que está en juego es el problema de la fe en América Latina:

Lo que en fin de cuentas nos parece no cristiano, lo que nos parece fruto del temor y no del amor, lo que sobre todo es capaz de matar la esperanza de los pobres en América Latina, sería el plantear este problema, de la opción de cristianos y de comunidades eclesiales por proyectos históricos-socialistas, en términos tan simplistas y ahistóricos que lo desfiguran y lo hacen realmente insoluble. Más dramática aún es la actitud de condenar una búsqueda y una opción, basándose en incompatibilidades decretadas con los textos oficiales en la mano (reducidos a catecismos), o en base a realizaciones de tiempos y lugares diferentes a los nuestros.

Creemos que allá, donde se defienda con sinceridad y se visualice, con viabilidad no exenta de esperanza, un proyecto socialista dirigido hacia "la creación de un hombre nuevo y de una nueva sociedad, por la propiedad social de los bienes de producción, por una concepción y práctica humana del trabajo, por una sumisión del capital a las necesidades de toda la sociedad". (Obispos del Perú, justicia en el Mundo, 1971), allá se da un proyecto, cuya formulación tal vez no sea la única posible, pero frente al cual nos parece que la fe cristiana puede impulsar a tratar de realizarlo.

Muchas comunidades cristianas del continente, y nosotros con ellas, creemos ser esto lo que, desde un incipiente enraizamiento con su pueblo, afirmaron los Obispos Peruanos en 1971: el problema central de América Latina es la lucha por la justi-

cia y por el derecho de los pobres, y —en consecuencia— “fe y compromiso revolucionario, fe y acción política es, en otras palabras, el problema de los creyentes latinoamericanos”.

Ahora bien, el criterio verificador, no sólo de todo gobierno, sino de todo compromiso cristiano en la acción liberadora por una nueva sociedad, acción ineludible en virtud de la exigencia de un amor eficaz, será el ir viendo si en el proyecto que defendamos y en el proceso hacia él prevalece “el poder de los más pobres, de los que no han tenido voz en la sociedad y aspiran a organizarse con libertad para defender sus propios derechos” (Comisión de Acción Social de la Conferencia Episcopal Peruana, 1971).

En esta hora de poder de las tinieblas, en la que, en aras de la libertad, la patria, la seguridad y la propiedad de unos pocos opresores de América Latina y de fuera de ella, se apresa, se tortura y se mata a los pobres y se intenta liquidar sus proyectos y sus organizaciones, estamos convencidos de que una parte de la esperanza y de la resistencia activa de este pueblo digno, y también de la Iglesia que nace en solidaridad con él y desde él, se apoya en la expectativa de oír palabras responsables y no simplistas en Puebla, el próximo mes de Octubre, sobre esta cuestión crucial que aquí hemos intentado desentrañar algo. Quienes, como los Obispos Latinoamericanos, hoy tienen aún el raro privilegio de poder hacer oír su voz desde los tejados, no cabe duda que no dejarán de ver la responsabilidad que en ese privilegio se contiene. Su palabra de hermanos y de Pastores se encuentra frente a la esperanza de los pobres. Algunos de ellos, fieles a sus hermanos pobres, reprimidos y perseguidos en América Latina masivamente, han visto en esta represión, exacerbación espantosa de la violencia institucionalizada, una verdadera represión y persecución de aquellos por quienes Jesús se parcializó. Su denuncia y su acción pastoral ha sido vista, en cambio, como subversión y también estos Obispos han dado pruebas últimas de su fe en la calumnia que se les ha prodigado, en la prisión, en el secuestro y aún en la muerte. Desde esa experiencia, los pobres de América Latina confían en que los Obispos seguirán reafirmando en la fe a través del largo camino que lleve a toda liberación.

